

Fair trade

Mauricio Rosales Zamorano



Image not found.

Capítulo 1

John se encontraba afuera de su casa, a un lado de su auto BMW del año anterior. Esperaba que el motor se calentara fumándose un cigarrillo, ya eran años desde la última vez que había fumado “creo que tres años” pensó mientras apagaba la colilla en el asfalto.

El auto estaba listo y el también, el cigarro lo armó más aun de valor. El día había llegado y al fin se había decidido, vendería el poncho de su abuelo.

Las calles estaban expeditas por lo que John conducía muy tranquilamente a treinta kilómetros por hora en una zona máxima de cuarenta kilómetros. Aun no se acostumbraba a convertir los kilómetros en millas, pero no le importaba, su auto hacia el trabajo por él. Ya eran diez años desde que se instaló en San Francisco, un duro cambio pero no se arrepentía de nada “menos aun dejar de llamarme Juan. La tierra de las oportunidades me abrió las puertas y yo solo tuve que cambiar mi nombre y seguir las reglas. Fair Trade”.

Avanzaba por la calle Turk hacia la casa de subastas en la calle Quinta con Market, cuando recordó lo único que extrañaba de su país, la familia. La cual no podría ver aunque quisiera, desde que hizo su propia familia que no pensaba en la anterior, en esa otra vida. Desde hace tiempo que no recordaba a su abuelo, padre y abuela. Todos muertos en ese largo y estrecho país de mierda, Chile.

20 años atrás

El abuelo Juan se encontraba en su bote pesquero en plena mar, frente al hermoso Chiloé. A sus sesenta y cinco años de edad aun remaba y pescaba como si tuviera veinte o quizás exagero, solo treinta, el punto es que se encontraba en excelente estado físico. Ese día mi taita no pudo acompañar a mi abuelo, se encontraba agripado y debía guardar reposo. Mi taita siempre fue un buen hombre y pescador, pero comparado con el abuelo palidecía en talento y sobre todo en salud.

Mi Abuelo siempre fue capaz de regresar con la pescada necesaria para alimentar a su familia e incluso vender un excedente, eso en los días que la cosa estaba mala y los demás botes llegaban sin ni uno, cuando la cosa estaba buena la pescada abundaba y llenaba su bote el Camahueto y más aún nuestro hogar. Su salud era impecable, no recuerdo una sola vez que se enfermara parecía de roble y del bueno. En la isla era muy querido, ya que en los tiempos de necesidad llegaba y regalaba la pescada que podía a las demás familias, muchas veces quisieron nombrarlo alcalde, pero el siempre respondía “na ¿para qué? Si puedo ayudarlos tal como soy, eso

no cambiara con un cargo. Además mi vida es el mar, ¡Salud!”

Era un tema que siempre salía entre tragos y desaparecía en ellos, así como los chistes de que era un brujo o algo así, por su siempre exitosa pesca. A veces creo que fueron solo rumores que comenzaron aquellos un poco celosos de él, pero eso nunca le importó y solo sirvió para engrandecer al viejo.

Mi taita por otro lado si bien era muy querido en la isla, como hijo del viejo. Su talento de pescador dejaba mucho que desear y las comparaciones siempre estaban presentes, la vara era muy alta. No quiero decir que fuera mal pescador pero comenzó de abajo, como la mayoría de los pescadores no tan dotados, preparando las redes, los remos y empujando el bote. Pero fue mejorando a medida que pasaba el tiempo y se convirtió en un buen pescador, como el promedio de la isla. Respecto a su salud eso fue algo que no cambió, desde pequeño fue un niño enfermizo que al hacerse adulto sus enfermedades crecieron con él. A veces creo que esto también le jugaba en contra a la hora de pescar, parecía estar ojeado y la pulsera roja en su brazo izquierdo no solucionaba mucho.

El día que se rumoreaba que una fuerte enfermedad atribuida a un virus nuevo o bien a los seres sobrenaturales, con los que se convivía en la isla, mi taita era el más asustado. Si algo lo asustaba era la sensación de que se enfermaría, ese susto bastaba para cambiar todo durante un tiempo. Tres días comenzado los rumores, mi taita ya estaba en cama con treinta y nueve de fiebre y con todos los remedios habidos y por haber en su mesita de enfermo, como le decía mi taita al velador que ella misma le hizo. Todos estaban muy asustados y sin saber qué hacer, incluso el médico no le daba más de un mes de vida y por muy buen pescador y carpintero que fueran su padre y madre, no podían hacer nada, ni comer pescado ni tocar madera ayudarían.

Así fue como un mes después mi padre me abandono, con solo veinte años conocía la muerte, algunos la conocen antes pero rara vez como en mi caso. La casa ya no fue la misma, si bien los abuelos siguieron adelante por mí más que por ellos, la alegría fue algo que no nos visitó más en nuestro hogar. El pueblo también cambió en cierta forma, el cariño a mi abuelo no pero con la muerte de mi taita esos viejos rumores sobrenaturales, conversaciones de alcohol y bromas pasaron a ser algo más serio.

En ese desafortunado contexto comenzó mi vida de pescador, una vida que no me parecía mala, era lo único que conocía más a fondo, pero yo quería algo más y sabía que mis abuelos también. Fue con mucho pesar que durante la once entre el té y pan francés, me dijeron que no podría ir a la universidad, lo que era un profundo dolor, todos sabían lo difícil que fueron los últimos dos años de pruebas y ejercicios, pero más duro era el

golpe sabiendo que la tercera había sido la vencida. Había pasado la prueba de actitud académica y más importante aún, me habían aceptado en la Universidad de Chile. Pues bien, todo eso cambio junto al sabroso té y pan francés, fue sin duda la segunda noche más amarga de mi vida, pero no la última.

Así pasaron cinco años en un abrir y cerrar de ojos. El primer año fue el más difícil, hacer todo lo que hacia mi padre y abuelo resulto una ardua tarea, ya los había ayudado en el pasado haciendo nudos, remando un poco y hasta pescando. Pero estas fueron pocas veces y siempre se sintió como un juego, mi trabajo real era estudiar pero ahora el trabajo era la pesca y el mar. Por suerte seguía contando con la ayuda de mis abuelos, lo que me permitió sobrepasar ese primer año tan difícil y lleno de cambios. Mi abuelo me enseñó como se pescaba, hacía la carnada e incluso como nadar si la situación lo ameritaba, aprendí cada una de estas cosas de la mejor manera y mi abuelo estaba orgulloso, triste pero muy orgulloso. Aun así al igual que mi taita antes que yo, no podíamos superar a ese viejo lobo de mar. Por más que seguía al pie de la letra sus consejos y técnicas era imposible, siempre pescaba menos o se rompía la red o me resfriaba y el mientras tanto con sus penas y temores seguía pescado a la perfección.

Ya caía yo también en creer esos viejos rumores.

Después del primer año todo fue más rutinario en la pesca, pescado y olas por montones, tormentas y resfríos de vez en cuando. En casa las cosas estaban mejor y más tranquilas, pero felices no. Había sonrisas durante la choca e incluso bromas al salir temprano del hogar, pero siempre parecieron forzadas, lo único natural parecía la forma en la que la familia seguía adelante, e incluso a veces ni de eso estaba seguro.

En el quinto año de mi vida como pescador, vino un nuevo cambio drástico, una suerte de explicación para lo ocurrido en el pasado, una muy extraña pero explicación al fin. Era lunes y nos despertamos como era frecuente de madrugada a desayunar y prepararnos para pescar, habían anunciado tormenta en la costa de la isla grande, pero saldríamos igual, ya lo habíamos hecho antes y más aún mi abuelo tiempo atrás. Ya instalados en la caleta, hicimos salir nuestro bote el Camahueto apenas notamos como las olas se calmaban, como invitándonos a pasar, mi abuelo en un remo y yo en el otro, ya habíamos aprendido a coordinarnos o bien mi abuelo a ir a mi velocidad. Con las redes ya preparadas e instaladas era cuestión de esperar y esquivar las olas o ignorarlas, pasaban tres olas y podíamos bajar la guardia y hasta bromear, mi abuelo ya le había pillado el ritmo a la cosa, eso ya era buena señal, la cuerda de la red se sentía más tensa y pesada, otra buena señal, parecía que sería una tormenta habitual. Ahora solo debíamos esperar las tres olas consecutivas y luego recoger nuestro botín marino. Mi abuelo comenzó a

contar.

-¡Uno! Comienza a sujetar la cuerda con suavidad-

-¡Dos! Sujétala fuerte-

-¡Tres! Ahora tira lo más rápido que puedas-

Comencé a subir la red al bote lo más rápido que pude, cuando oí a mi abuelo gritar -guarda chico- y una ola nos pilló de pie a ambos botándonos en la fría mar. Bajo el agua no logre ver a mi abuelo, solo atine a lanzar mi cuerpo lo más cerca del bote que pude, para que la corriente del mar no me llevara, sabio consejo del viejo, apenas me aferre al bote saque mi cabeza y parte del torso del agua, en búsqueda de mi abuelo quien pensé ya estaría sujeto en el bote o en él, pero no era así. No lo veía por ninguna parte, por lo que use todas mis fuerzas para subir nuevamente en el bote. Sobre el bote comencé a mirar en todas direcciones en busca de mi abuelo mientras gritaba – abuelo ¿dónde estás? Dame una señal- luego miraba a otra dirección y gritaba lo mismo pero nada, hasta que cuando perdí la cuenta de las repeticiones, vi la cabeza y brazos de mi abuelo salir del mar, a unos ciento sesenta metros de distancia y gritándome a todo pulmón - ¡aquí estoy!- se lograba escuchar sin total claridad, pero estoy seguro de haberle oído eso. Tomé los remos y comencé a hacer mi camino hacia él entre las olas y el viento en mi contra, lograba avanzar pero así mismo él lograba alejarse, mi abuelo era un gran nadador, era extraño no poder alcanzarlo. Había crecido oyendo historias de como el viejo había salvado a muchos colegas en el mar, en tormentas como esta, pero ahora que yo debía salvarlo era inútil. Más me acercaba, más se alejaba, era como si lo tiraran a algún lugar. Me sentí como un pez siguiendo una carnada, solo que inalcanzable – ¡aquí estoy!- volví a oír a mi abuelo, dejando de pensar tonteras y remando más fuerte -¡aquí estoy!- oí de nuevo a lo lejos mientras la pena se apoderaba de mi – ya voy abuelo, aguanta- grite con todas mis fuerzas mientras remaba. La distancia no cambiaba en nada, el viento, las olas, todo parecía estar en mi contra, pero no me rendiría. Seguí remando aunque sintiera mis brazos en llamas. Como si fuera el colmo una espesa niebla venía desde la plena mar y mi abuelo a todo mi pesar se acercaba cada vez más a ella.

-¡Aquí estoy!- grito mi abuelo en una forma poco clara.

Ya estaba por rendirme, sentía que el bote era el que me retenía y pensaba en dejar de lado los remos y lanzarme al agua, pero el miedo me detuvo, no al mar sino a lo que vi asomarse entre la niebla. Un barco de madera como aquellos antiguos de las guerras y leyendas. Hasta el día de hoy creo en lo que vi, por más que me tildaran de loco, “El Caleuche” lo tomo, él se llevó a mi abuelo, lo hizo abordar contra su voluntad y partió a su destino incierto, llevándoselo junto con las marejadas, el viento y la

niebla.

Volví a mi hogar sin pescada ni abuelo, pero lo más raro fue la reacción de mi abuela cuando me vio llegar solo. Me miro con pena, como si entendía todo. Ni siquiera preguntó por el viejo, solo fue a su habitación y del closet saco una caja de madera con tapa también de madera.

- Ábrela, es para ti- me dijo con cierta tranquilidad, quizás demasiada.

-¿Pero que tiene?, el viejo desapareció en el mar, no es momento de regalos ni cajas. Hay que ir al pueblo y reunir a los pescadores.

-No sé lo que tiene adentro, pero tu abuelo me dijo que ahí encontrarías las respuestas que buscas. Solo ábrela.

Fue ahí cuando abrí la caja y para mi constante asombro encontré dos cosas en su interior. Un poncho negro como la noche, muy grueso y que olía como el viejo, y una carta escrita a mano por él.

Querido nieto:

Si estas leyendo esto ya no estoy a tu lado y la única que te queda en el mundo es la abuela. Espero sepas que te quiero mucho y por lo mismo te imploro que no me busques, es inútil. También espero que llegado el momento de mi ida, no estuvieras ahí o al menos de estar no te pasara nada malo. Te conozco y sé que harías lo imposible por salvarme, pero en este caso ni lo imposible serviría. Mi último anhelo es que en el momento de extremo peligro en el que quizás nos vimos envueltos, mis gritos fueran más que claros a la hora de decirte que te alejaras.

Ya debo despedirme y te reitero que por favor no me busques, será inútil. Si algo mas he de pedirte es que abandones la isla, tu abuela te ayudara y nunca olvides lo mucho que te quiero.

Con amor tu Abuelo.

PD: Mantén siempre el poncho en la caja, como recuerdo de tu pasado y seguridad.

Esa fue la primera carta que leí en mi vida y la más extraña de todas. Al terminar de leerla mire a mi abuela que se veía alto triste, por lo que la abraza.

-Ya no lo buscare abuela- le dije mientras nos abrazábamos tratando de confortar el uno al otro.

-Me parece bien, porque mañana mismo dejaras la isla, ya tienes casi veinte y seis años y los ahorros de tu taita te ayudaran en un comienzo.

Vete a la capital hijo mío, ten una carrera y por favor no vuelvas a la isla.

-Pero no quiero abandonarte y menos a la isla. Mi vida esta acá.

-Ya no tienes nada acá, temo por ti y le prometí al viejo que haría todo lo posible para que te fueras y tuvieras una vida diferente a lo que ofrece la isla. De mí no te preocupes por favor-

-Lo hare abuela, a mucho pesar, pena y miedo. Pero solo porque era el deseo de mi abuelo y tuyo- Dije entre lágrimas que seque tan rápido como mis duras manos me permitieron.

-Me alegro mucho no te resistas. Mañana partirás al continente y luego a la capital.

El presente

Así fue como nuevamente comenzó a cambiar mi vida, me arraigue en Santiago, logre arrendar un cuarto pequeño y prepare la prueba de actitud académica, logrando entrar a ingeniería comercial en la Chile. Fue ahí cuando el tiempo comenzó a pesar aún más veloz, en un abrir y cerrar de ojos termine la carrera y con ayuda de mi madre logre viajar a Estados Unidos, es lo único que diré de ella. Y ahora estoy aquí, así que dígame ¿cuánto me da por el poncho?

-La verdad no sé, no soy experto en ponchos pero tu historia es increíble, quizás demasiado. Pero me cautivó y me arriesgare, déjame verlo más de cerca antes claro.

-No debería sacarlo de la caja, pero no quiero que creas que hay trampa en esto- Dijo John sacando el poncho de la caja y pasándoselo al interesado comprador.

En ese momento mientras el dueño de la casa de subastas examinaba el poncho, la vieja caja comenzó a crujir hasta que se desarmó por completo, dejando solo madera suelta.

-No te preocupes, la caja no me preocupa y ya me he decidido. Te ofrezco cuatrocientos dólares.

-Ya no me preocupa la caja, pero que sean seiscientos.

-Eso es mucho, que sean quinientos y es un trato.

-Mmmm, está bien. Es un trato.

Esa tarde John volvió a su hogar extrañamente más aliviado, como si los viejos recuerdos que había guardado en lo profundo de su mente

desaparecieron tras un velo en su mente. De la misma forma una niebla espesa comenzó a entrar por el puerto de San Francisco a medida que la noche caía. Las autoridades navales tomaron las precauciones recurrentes en estos casos, no era la primera vez que la niebla llegaba a la ciudad, aun que esta fuera aún más densa de lo habitual, todo parecía normal. Lo único que pareció sorprender a las autoridades fue un navío que llegó a fondear en el puerto durante la noche y no se identificó por más que se le requirió. Y que desapareció cuando se acercaron a él. Al menos eso leyó John la mañana siguiente en el diario mientras bebía su café, seguido por un titular de menor tamaño que señalaba la desaparición de un conocido locatario de la comunidad.